

EVARISTO MARTÍN NIETO

CREER Y AMAR

ESCUELA BÍBLICA
DE LA
AXARQUIA

(Con licencia Eclesiástica)

Primera Edición: Junio 2008

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de la Axarquía



ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

“Este es el mandamiento del Señor: que creamos en su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, conforme al mandato que él nos ha dado” (1 Jn 3,23).

San Juan considera que la fe en Jesucristo y el amor fraterno constituyen el supremo mandamiento de Dios. La fe y el amor, el principio y el fin de la vida, trabados en unidad, nos traban en esa misma unidad a unos con otros y a todos con Dios. La fe en Jesucristo y el amor fraterno son la expresión viva del amor a Dios, nuestro Padre querido. En esas dos realidades, indisolublemente unidas, radica la esencia del evangelio. El camino de la perfección está en creer en Dios, confiar plenamente en él y ponerse en sus brazos para que se cumpla en todo su divina voluntad, y, a la vez, en entregarse de manera absoluta al servicio del prójimo con obras de amor. Creer y amar. Con esas dos cosas basta para cumplir en plenitud la ley divina y ser un cristiano como Dios manda.

I. CREER

“... que creamos en su Hijo Jesucristo”

1.- Qué es la fe

“La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve” (Heb 11,1). ¿Y qué esperamos, qué cosas son esas que no vemos? “Esperamos la salvación mediante la acción del Espíritu” (Gal 5,5).

La fe es la prueba y la garantía de que la salvación, que esperamos, no es un invento, una quimera o una mera ilusión, sino una realidad, en cuya plena posesión entramos en el mismo instante de la muerte.

La fe nos asegura que Dios existe; que nos ha redimido, que nos ha salvado, que nos ha destinado a una eternidad feliz. La palabra “salvación” comprende todo eso “que no se ve”. Y, como no se ve, no podemos saber lo que es y cómo es. Porque, además, Dios, que es el “silencio”, no nos ha dicho nada, o casi nada, sobre ese futuro glorioso. Lo sabremos cuando la fe se convierta en visión y la esperanza en posesión, cuando el Dios creído sea el Dios visto.

Dios es “el oculto”, nadie le ha visto ni le puede ver en esta vida (1 Jn 4,12), sólo le ha visto el Hijo (Jn 1,18). Aquí se le puede ver de manera confusa y a través de la creación entera,

únicamente en el más allá le veremos cara a cara (1 Cor 13,12). Será algo tan grandioso que ni siquiera podemos imaginar (1 Cor 2,9). San Juan dice que “seremos semejantes a Dios, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3,2), veremos con su propia luz al que es “la luz” (1 Jn 1,5) y se nos manifestará lo que ya somos: “luz en el señor e hijos de la luz” (Ef 5,8). Evidentemente esto es un lenguaje poético y simbólico: La luz es el símbolo de lo divino, y las tinieblas lo son de lo antidivino.

San Pablo dice que “estaremos siempre con el Señor”(1 Tes 4,7), al lado de Jesucristo en el lugar que a cada uno nos tiene preparado en “la casa del Padre”, donde hay sitio para todos (Jn 14,2-3), el hogar misterioso, la “morada eterna” de todos los mortales(2 Cor 5,1), donde no hay llanto ni dolor (Ap 21,4), donde todo es alegría y felicidad, la paz sin fin junto “al Dios de la paz y del amor”(2 Cor 13,11).

Las puertas de ese hogar están abiertas de par en par para que puedan entrar todos. Para ello, hay que seguir el camino que conduce a ese hogar, marcado por las huellas de Jesucristo, el camino, la verdad y la vida, es decir, el camino verdadero que conduce a la vida (Jn 14,1-6). Jesucristo es siempre la primera y la última, es decir, la única referencia de la fe, el único mediador entre Dios y los hombres.

2.- Objeto de la fe

La fe tiene como centro de gravitación a Jesucristo. La fe, que nace y crece bajo la acción del Espíritu Santo, se ejerce, se desarrolla y se fortalece en círculos concéntricos, cada vez más apretados en torno a la persona de Jesucristo,

hasta poder decir con San Pablo: “Ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mi. Mi vida en este mundo consiste en creer en el Hijo de Dios, que me amó y entregó su vida por mí” (Gal 2,20).

La fe nos incorpora vitalmente a Cristo, transforma nuestra vida, la cristifica, la espiritualiza de tal modo que, viviendo en carne mortal, vivimos a impulsos del Espíritu” (Rom 8,5).

La fe, por lo tanto, no es sólo cosa de la cabeza, creer en un Dios único y remunerador y en su hijo Jesucristo redentor del mundo - “eso también lo creen los demonios” (Sant 2,19) -, sino, sobre todo, es cosa del corazón. Esto significa que la fe en Cristo es adherirse vitalmente a él (Ef 1,9-14), aceptar sin condiciones, como norma de vida, su Evangelio; es la entrega amorosa y confiada a él, fiarse plenamente de él, abandonar en sus brazos nuestra vida, nuestro presente y nuestro futuro, dejarse llevar por él, pues él sabrá lo que hace (Sal 37,5). El que actúa sólo con el corazón casi siempre acierta, y a veces se equivoca, pero el que sólo actúa con la cabeza, se equivoca siempre. La perfección está en el amor y eso es obra del corazón, no de la cabeza.

3.- ¿Cómo podremos saber que tenemos fe?

He aquí la prueba según San Pablo: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe. Probaos a vosotros mismos. ¿No reconocéis que Cristo está en vosotros?” (2 Cor 13,5). Fe, Vida y Cristo están indisolublemente unidos. Si mi vida se desarrolla según la vida de Jesucristo es que tengo fe, una fe

viva. Y si no es así, es que mi fe está muerta. Parece que tengo fe, y yo mismo me lo creo, pero en realidad no la tengo.

Creer en Jesucristo importa en teoría entre otras cosas estas: 1) Que Jesús de Nazaret es el Mesías. 2) Que este Mesías es el hijo de Dios que se hizo hombre. 3) Que sufrió muerte violenta clavado en una cruz. 4) Que resucitó y ascendió a los cielos. 5) Y todo esto para salvarnos, para reconciliarnos a unos con otros y a todos con Dios, para darnos la vida eterna, una vida que se obtiene con la fe en él (Jn 20,30-31).

Pero, en la práctica, no podemos quedarnos en eso. Hay que imitar a Jesucristo, intentar hacer lo que él hizo. Cristo anunciaba el evangelio a todos, pero preferentemente a los excluidos y lo hizo desde sus propias filas. Se hizo el autoexcluido, comenzó por nacer en los espacios de la marginalidad, fuera de la ciudad, donde nacen los pobres, los sin techo y murió sacrificado también fuera de la ciudad. Los fariseos le acusaban de que andaba en malas compañías (Mt 9,11), se juntaba con los pecadores y hasta comía con ellos (Lc 15,2). Buscaba a los aborrecidos, los pecadores públicos, gente de mal vivir, los publícanos y las prostitutas. Se rodeaba de la gente sencilla, los que nada cuentan, los muertos sociales. Recorría los pueblos, las aldeas de palestina, lejos del judaísmo oficial y de sus instituciones.

Según el evangelio de Juan, su primer milagro lo hizo en Caná de Galilea, lejos de Jerusalén (2,1-11) y a renglón seguido va a Jerusalén para purificar el templo, la casa de oración, la morada de Dios, convertida en un mercado (2,13-16). El templo, lo más sagrado, era un ejemplo de marginación, con el atrio de los israelitas, el de los extranjeros, el de las mujeres, el de los sacerdotes, con muros infranqueables bajo pena de muerte.

Tenemos fe en Jesucristo si estamos al lado de los pobres, sus preferidos, para ayudarles a salir de su pobreza; si acogemos con cordialidad a los inmigrantes que llegan a nosotros empujados por la extrema pobreza en que se encuentran, sin el mínimo imprescindible para poder subsistir. La tierra y cuanto contiene es de Dios y todos los seres humanos, como hijos suyos, tenemos el mismo derecho a circular libremente por el mundo y a sentarnos en la mesa redonda del banquete de la vida.

Tenemos fe en Jesucristo si nos acordamos de los presos sintiéndonos en su propia carne (Heb 13,3), si compartimos con los enfermos su sufrimiento. A estos grupos de personas Jesucristo los nombró sus vicarios, sus representantes más cualificados, se identificó con ellos (Mt 25.34-36). Hasta tal punto esto es así, que para estar con él, hay que estar con ellos, con los pobres (Jn 12,16), con los que sufren, con los humillados, los despreciados, los que mueren de hambre, los que viven en la marginalidad y en el olvido.

Tenemos fe en Jesucristo, si estamos comprometidos con la tan recurrida “nueva evangelización” que no puede ser otra que la de siempre. La que predicó Jesucristo: evangelizar a los pobres, a los oprimidos por las fuerzas del mal, ponerse siempre de su lado, ser el grito profético de su voz exánime que no quieren escuchar los poderosos de este mundo, para que acaben todas las pobrezas y opresiones. La Iglesia la fundó un pobre y desde las filas de los pobres, los proclamó bienaventurados, porque su doctrina salvadora tiene como suprema finalidad liberar al hombre de todas las esclavitudes, personales, sociales, políticas y religiosas, es decir, la liberación integral del pecado y de la injusticia. Por eso, el futuro es de los pobres. Y también por eso, la Iglesia tiene que evangelizarse a si misma, para ser y parecer pobre, como lo

fue en sus orígenes, pues sólo así podrá ser testimonio cristiano. Nunca me he podido explicar que los templos no estén llenos de pobres. ¿No será porque los que tenemos realmente la sagrada obligación de predicar el evangelio, todos los creyentes no lo hacemos a imitación de Jesucristo como él nos mandó? ¿No será culpa nuestra y no de ellos?.

Creemos en Jesucristo, cuando somos constructores de la paz, condenamos todas las guerras, practicamos la fraternidad y no el fratricidio. Jesucristo nos dejó la paz, su paz, para que vivamos en paz unos con otros en todos los rincones del mundo.

Así podríamos seguir indefinidamente siguiendo el evangelio. Basta con decir esto: la fe en Cristo es cierta si está comprobada con la acción caritativa, pues una fe, sin obras, está muerta en su raíz (Sant 2,17).

4.- Características de la fe

1- Confianza

“Esperamos la salvación por la fe mediante la acción del Espíritu” (Gal 5,5). Esto significa que la fe es un don, un hermoso regalo de Dios. A nosotros nos corresponde tener el corazón abierto para recibirlo con gozo y con gratitud y luego para cuidarlo y fortalecerlo, pues se trata de una fe dinámica en constante crecimiento. Para lo que necesitamos también la ayuda del Señor “como lo sentían los apóstoles: “Señor, aumenta nuestra fe” (Mt 17,5).

“Gracias a la fe en Jesucristo nos acercamos a Dios con entera libertad y plena confianza”(Ef 3,12). ¿Confianza en

qué? En nuestra salvación, que tenemos asegurada por varias razones:

“Porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4). Y en Dios querer es poder y él lo puede todo, es el omnipotente. “Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo único, para quien crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,16-17). La muerte de Cristo en cruz es la suprema garantía de nuestra salvación. El mismo Jesucristo dijo: “Yo he venido como luz al mundo, para que todo el que crea en mí no quede en tinieblas....yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo” (Jn 12.46-47). Son múltiples los textos en que Cristo dice que el que cree en él tiene vida eterna, no será condenado (Jn 3,18.36; 6,47).

San Pablo elabora este argumento: Dios nos ha adoptado como hijos. Los hijos adoptivos tienen los mismos derechos que los naturales, en este caso sólo es Jesucristo. “Y si somos hijos de Dios somos también herederos de Dios y coherederos de Cristo...para ser también glorificados con él” (Rom 8,17).

La fe nos hace confiar plenamente en el Señor. Creer en Jesucristo es confiar en él, fiarse de él y esperarlo todo de él. Como el ciego de Jericó (Mc 10,46), como la hemorroisa (Mc 5,28), la cananea (Mt 15,28), el funcionario real (Lc 7,9) y la pecadora (Le 7,36-50). ¿De quién podemos fiarnos mejor que de él?. San Pablo decía: “Sé en quien creo”, es decir, de quién me fío, en quien he puesto en mi confianza” (2 Tim 1,12).

Pongámoslo todo en los brazos maternales de Dios, nuestro padre “compasivo y misericordioso” (Ex 34,6), “El Dios del amor y de la paz” (2 Cor 13,11).

2.- La fidelidad

La confianza va unida a la fidelidad.

Moisés, el fundador de Israel, como pueblo independiente y libre, preguntó al Dios, con cuyo poder iba a realizar sus grandes gestas, cuál era su nombre, lo que equivalía a una definición de sí mismo, pues, en hebreo, el nombre expresa la identidad de la persona o cosa significada por él. Es tanto como pedirle garantías para la obra que le encomendaba, liberar a los hebreos de la esclavitud de Egipto y llevarlos a la tierra prometida a su padre Abrahán.

Dios le contestó: "Yo soy el que soy", es decir el que es, el que fue, y el que será, el eternamente fiel, siempre el mismo, el que cumple su palabra, el que nunca falla. Estará siempre a su lado, ayudándole con el poder omnipotente de su brazo para salir triunfante y victorioso en tamaña empresa. "El amor del Señor llega hasta el cielo y su fidelidad hasta las nubes" (Sal 36,6) y dura por todas las edades (119,90). Ejerce sobre el hombre la justicia, la ternura, el amor y la fidelidad" (Os 2,21-22). Su poder es su fidelidad (Sal 89,9).

La alianza del Sinaí (Ex 19-24) queda plasmada en esta fórmula vinculante por igual para Yavé y para el pueblo hebreo: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo". Las dos partes deben ser fieles a este pacto bilateral, pero el resultado no fue así. La historia de Israel fue una constante de infidelidades por parte del pueblo y de lealtades y perdones por parte de Dios. Dios no dejó nunca de ser fiel a su pueblo: "con amor eterno te he amado, por eso te trato con lealtad" (Ge 31,3). El amor verdadero jamás es infiel. El drama de esta historia está plasmada en la vida conyugal del profeta Oseas. Dios le dice que se case con una prostituta y engendre hijos de

prostitución, porque el pueblo no hace más que prostituirse, de ser infiel a él y de dar culto a los “Baales”, a ídolos, que son la nada: Leño labrado, piedra esculpida, metal fundido, sólo eso.

Oseas se casa con Gomer y tiene con ella dos hijas y un hijo. Gomer vuelve a las andadas, rompe la fidelidad conyugal con Oseas y Oseas vuelve a casarse con ella, porque la ama, porque, a pesar de todo, nunca ha dejado de amarla. Oseas refiere su tragedia conyugal a las relaciones de Yavé con su pueblo elegido. Israel es la esposa y Yavé el esposo. Israel fue siempre un pueblo de “cabeza dura” (Ez 32,9: 33,3; 34,9) y “corazón de piedra” (Ez 2,3-4: 11,19; 36,26).

Con tamaña cabeza y semejante corazón no es extraño que el pueblo rompa una y otra vez la fidelidad a la Alianza. Ha correspondido con deslealtad y desamor al que es la lealtad y el amor.

En esta situación Jeremías habla de nuevos planes del Señor: “Yo haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva...pondré mi ley en su corazón y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer 31,31-34). Las Infidelidades son cosas del corazón. Para que no se den, Dios va a intervenir en él. La alianza del Sinaí se grabó en piedra, la nueva se grabará a fuego en el corazón del hombre. “Haré con ellos una alianza de paz que no tendrá fin” (Ez 37,26). Para que así sea, Dios hará esto: “os daré un corazón nuevo de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros” (Ez 36,26-24).

Esta nueva alianza la realizó Jesucristo, de una vez para siempre, de modo que no se romperá jamás, porque es una alianza de amor y el amor no pasa nunca (1 Cor 13, 8.13). Los destinatarios de esta nueva alianza no es ya únicamente el Israel histórico, sino es, sobre todo, el nuevo Israel, la iglesia, fundada por Jesucristo con la misión de propagarla a todo el

mundo. Y si Israel escribió su historia llena de olvidos y deslealtades, el nuevo Israel sólo puede escribir la suya con recuerdos vivos, y fidelidades absolutas. Unos recuerdos que vivimos y avivamos en la eucaristía, el sacramento del amor que actualiza el sacrificio de Cristo en la cruz rubricando con su sangre la reconciliación de unos con otros y de todos con Dios, como fruto perenne de “la alianza nueva y eterna”.

La historia de este nuevo pueblo de Dios está también desgraciadamente llena de infidelidades corporativa e individualmente por todos sus miembros, incluso por los que nos llamamos “fieles”, porque eso es lo que deberíamos ser, aunque, con frecuencia, somos “infieles”. La fe es una entrega total a Jesucristo lo que es incompatible con cualquier infidelidad o deslealtad a él.

3.- La obediencia

La obediencia a Dios está en el fundamento de la vida cristiana, alimentada con la oración. Orar es hablar con Dios, mejor dicho, escucharle. Obediencia viene de ob-audire, oír con humildad, escuchar desde abajo al que está en lo alto, hacerlo con el alma arrodillada, acoger su palabra y ponerla en práctica. Eso es obedecer.

Dios nos lo ha dicho todo en Cristo, su palabra encarnada, la plenitud de la revelación divina. La palabra (el evangelio) escuchada, meditada, interiorizada, permanece vitalmente en nosotros. “La palabra de Dios es viva y eficaz y más aguda que espada de dos filos, penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula” (Heb 4,12).

“La obediencia de la fe”, de la que habla San Pablo (Rom 1,5), es polivalente y admite diversas interpretaciones.

1) La fe es obediente y obedecida. La obediencia es consustancial a la fe. 2) La persona de fe es obediente a Cristo y a su evangelio, lo que hace que se vaya identificando cada vez más con él. 3) Sólo desde la fe se puede acatar la doctrina evangélica, y llevarla a la práctica, obedecerla, cumplir sus mandamientos, especialmente el mandamiento nuevo del amor. 4) De San Pedro es esta frase lapidaria: “la fe nos convierte en hijos de la obediencia” (1 Pe 1,14). Esto indica que el creyente es, por naturaleza, obediente, obedece siempre, hasta el final, a imitación de Jesucristo que “fue obediente [al padre] hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2,8). 5) En el contexto “la obediencia de la fe” puede muy bien entenderse de una fe dinámica que debe ser transmitida por el creyente a los que no lo son. Es más, el verdadero creyente transmite la fe y siente la necesidad de hacerlo. He aquí estas palabras de Miguel de Unamuno: “La fe , si es viva, se contagia y, comunicándose, se agranda, pues tal es la condición de la fe, crece vertiéndose, como que es, si verdadera y viva, amor”.

Esto dice San Pablo: “La fe se hace vida en obras de amor” (Gal 5,6). Y esto San Juan de la cruz: “Por la caridad la obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor, y sin ella no valen para nada, pues, como dice Santiago, sin obras de caridad la fe es muerta (3 S 16,1).

La fe es como el amor.” Pon amor donde no hay amor y sacarás amor” (San Juan de la cruz, (Cta 27). Pon fe donde no hay fe y sacarás fe, infundirás fe. “Amor enciende amor” (ib C 13,12): Fe engendra fe. Esto significa que si la fe disminuye en el pueblo cristiano, es, o porque los “creyentes” tenemos una fe muerta, o porque no sabemos trasmitirla, es decir, porque no evangelizamos como Jesucristo nos mandó, con palabras y con obras, porque, en realidad, no estamos en Dios;

San Juan de la cruz dice que “para hallar a Dios hay que buscarle en fe y en amor... que esos son dos mozos de ciego que te guiarán por donde no sabes allá a lo escondido de Dios; porque la fe son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina” (C 1,11).

5.- El evangelio y la primera carta de San Juan

En el IV evangelio el verbo “creer” aparece noventa y siete veces y en la primera carta diez.

La tarea fundamental que Dios quiere que el hombre lleve a cabo es “que crea en el que él ha enviado al mundo” (Jn 3,29), “que crean en el nombre de su hijo Jesucristo” (1 Jn 3,23), que venzan al mundo con la fe (1 Jn 5,4), que crean que Jesús es el Hijo de Dios (1 Jn 5,5).

El primer estadio de la fe es, en efecto, creer en la mesianidad y divinidad de Jesús (1 Jn 4,2-3) como requisito indispensable para poseer la vida: “El que crea en el Hijo tiene vida eterna” (Jn 3,36; 6,40), “el que cree en mí, no morirá” (Jn 11,26). El segundo estadio es el Padre: “El que cree en el que me ha enviado tiene vida eterna” (Jn 5,24): creer que el padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre (10,38; 14,11).

La fe de San Juan no es la fe del carbonero, es una fe razonada, apoyada en múltiples testimonios: El testimonio de las sagradas escrituras (Jn 5,39), el testimonio del Padre (5,37: 1Jn 5,9-11), el del Bautista (Jn 1,7), el de los apóstoles (1 Jn 4,14), el de las obras de Jesús (Jn 10,38), el de los profetas (12,16.38-41; 13,18: 19,24).

La fe comprende el conocimiento de Cristo. El que cree en él, le conoce: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti,

único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (17,3). El conocimiento supone la fe: “Nosotros hemos creído y hemos conocido que tú eres el Santo de Dios” (6,69). “Nosotros hemos creído para conocer, porque si hubiéramos querido conocer antes de creer, no hubiéramos conocido ni creído” (San Agustín. PL, 35,16-19). “Después de la fe, el conocimiento y nunca antes el conocimiento que la fe, según está escrito: si no creéis, no comprenderéis” (San Cirilo de Al. PG, 73, 614). Lo primero es la fe, un don gratuito que Dios nos ofrece y que debemos recibir con la cabeza, con el corazón y con agradecimiento.

El evangelio testimonia el crecimiento de la fe. Tras el primer milagro en Caná, los discípulos creyeron en él (2,11), creyeron los samaritanos al escuchar sus palabras (4,41), el oficial del rey y toda su familia (4,50-53), San Pedro tras la multiplicación de los panes y el discurso del pan de vida (6,69), el ciego de nacimiento al ser curado (9,38), Marta ante las palabras de Jesús en la muerte de Lázaro (11,27), el discípulo ante el sepulcro vacío (20,8). Aparte de estas referencias personales, aparecen varios “sumarios” de los que creen en masa al ver los milagros que hacía (7,31: 8,38: 10,42: 11,45: 12,11.42).

El mismo evangelio termina con estas palabras: “Otros muchos milagros (“signos”) hizo Jesús... Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en vosotros”(20,30-31).

Parece que la fe fuera una consecuencia del milagro pero Jesucristo no hace el milagro para que crean. En Juan los milagros son “signos” de una realidad más profunda. La curación del ciego significa que Cristo es la luz del mundo; la resurrección de Lázaro, que es la vida; la curación del parálítico, que es el camino verdadero que conduce a la vida.

El milagro, más que la causa, es el efecto de la fe. En los Sinópticos Cristo exige la fe para que se realice el milagro. No hace el milagro para que tengan fe, sino más bien porque tienen fe. El que tiene una fe perfecta se identifica de tal manera con Cristo que hasta se apropia de su mismo poder y se hace el milagro. Por eso Jesucristo dice que el que crea en él hará las obras que él hace y aún mayores (16,17). En su pueblo de Nazaret, como no creían en él, ni siquiera sus hermanos (7,5), no puedo hacer milagro alguno. El milagro no necesariamente engendra fe. De hecho “muchos”, aunque había hecho grandes milagros, no creían en él” (12,37) ¿Y cómo explicar que ante la resurrección de Lázaro, unos creyeron en él y otros decidieron matarle? (11,45. 46-53)”.

Digamos, por fin, que Jesucristo ruega al Padre por cuantos creamos en él por el testimonio de sus discípulos (17,20) y nos llama bienaventurados a los que creamos sin haber visto” (20,29).

San Juan por méritos propios es llamado “el apóstol de la fe”.

6.- Abrahán modelo de la fe

Dios dice a Abrahán que lo deje todo, la parentela, el pueblo, el país, no le pide una respuesta, le pide obediencia: que rompa con todo, que lo deje todo y que vaya a un país que él le indicará. Le garantiza tres cosas: La tierra (de Canaán), una descendencia innumerable y la bendición de todos los pueblos en él y en su descendencia.

Abrahán no dice una palabra. Habla con los hechos, obedece. Abrahán partió, guiado por la fe en Dios.

Dios le somete a una prueba que raya en lo irracional. Tiene que sacrificar a su hijo Isaac y, por tanto, renunciar a la descendencia innumerable, a través de la cual iba a salvar el mundo entero, lo que supone que Dios renuncia a esa salvación que él había prometido. Antes le pidió que renunciara al pasado y ahora le pide que renuncie al futuro, que le devuelva el hijo.

Abrahán obedece en todo. Su vida fue recorrer caminos, a la buena aventura fiado de la palabra de Dios. Al final muere sin ver el cumplimiento de las promesas, murió esperando y obedeciendo. “Creyó contra toda esperanza...su fe no decayó nunca... no dudó ni desconfió de Dios, sino que se reafirmó en la fe” (Rom 4,18-20). Y esta fe le sirvió para alcanzar la salvación (4,3).

Abrahán, el amigo de Dios y nuestro padre en la fe, es un ideal. El hombre de fe que renuncia a todo por obedecer a Dios, por confiar en él, por fiarse de él. El modelo perfecto del creyente.

II. AMAR

“Y que nos amemos unos a otros”.

1.- El amor de Dios

Al hablar del amor, hay que partir de la definición que Juan y Pablo nos dan de Dios: “Dios es amor” (1Jn 4,8), es “el Dios del amor” (2 Cor 13,11). Dios es el amor mismo. Vivir en el amor es vivir en Dios, que nos ha amado, que entregó a su Hijo para salvar al mundo (Jn 3.16-17). Y lo salva a través de su muerte en cruz, dando voluntariamente la vida, prueba del amor más grande (Jn 15.13).

Si Dios entregó a su propio Hijo a la muerte por nosotros (Rom 8,32), le hizo incluso “maldición” (Gal 3,13) y “pecado” para liberarnos de la maldición y del pecado (8,32). Jesucristo en la cruz es la expresión dramática y sublime del amor de Dios a los hombres (1 Cor 1.30; 2,1-7). Su amor entra en nosotros a través del corazón de cristo (Rom 8,39).

Dios nos ama a todos con amor infinito, pero, al igual que los mortales, tiene sus preferencias. Ama más a los más débiles, a los más desfavorecidos, a los que cada día se mueren de hambre, a los aplastados por la injusticia de los poderosos; y ama también más a los más pecadores, porque el pecado es la mayor de las debilidades y de los infortunios, a los que, al sentirse perdonados, son los que más le aman, como “la pecadora” de San Lucas que ama mucho porque se le ha perdonado mucho. Cuanto más grande es el pecado, más grande es el perdón, lo que produce en el corazón del perdonado el más grande de todos los amores (Le 7,24-50).

Simón, el fariseo, no se creía pecador y no pedía perdón; y como no sentía el consuelo y la alegría de ser perdonado, no amaba, tenía el corazón seco.

Por otra parte, el amor, al pertenecer a la naturaleza divina, tiene el poder perdonador: "El amor alcanza el perdón de los pecados" (1 Pe 4,8; Prov 10,12). "Con el amor paga el hombre a Dios lo que le debe" (San Juan de la cruz, C 38,11). "Y de Dios no se alcanza nada si no es por amor" (1,13).

Por todo esto, vivir sin amor es vivir en la mayor de las pobrezas, porque es estar sin Dios, que es el amor, es un vivir muriendo.

2. El amor a Dios

El primer deber del hombre es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (Dt 6,5; Mt 22,37). Y esto como reciprocidad del amor que él nos tiene y porque de él lo hemos recibido todo, el ser y el seguir siendo; porque es nuestro origen y nuestro destino; porque es nuestro Padre, al que hay que amar sobre todas las cosas, por encima de todas las criaturas y todos los querer. Esta es la primera e ineludible obligación del hombre, hasta el punto que San Pablo llega a decir: "Maldito sea el que no ama al Señor" (1 Cor 16,22).

Este amor consiste en guardar sus mandamientos, es decir, en respetarle con amor reverencial y en obedecerle en todo (1 Jn 5,3). El amor de Cristo, que muere por amor en la cruz, nos apremia a amarle (2 Cor 5,14) con un amor indestructible (Ef 6,24). Pero, como a Dios no le vemos, y

tampoco vemos a Jesucristo, ¿cómo podemos saber que lo amamos?. Amando al prójimo.

3.- El amor al prójimo

Si la fe se refiere a los TRES DIVINOS, el amor se refiere a ellos y a todos los humanos. Lo primero, en teoría, es el amor a la Trinidad Augusta, pero, en la práctica, es el amor a los humanos. Pues el amor a Dios corre el peligro de quedarse sólo en palabras, lo que equivaldría a un vago sentimentalismo de autocomplacencia espiritual que sólo serviría para tranquilizar falsamente la conciencia.

1.- Las obras

El amor al prójimo tiene que estar garantizado con obras, pues “obras son amores”, porque “Dios quiere obras” (Sta. Teresa: 5 M 3,11) y porque la fe se activa con la acción caritativa (1 Tes 1,3; Gal 5,6). Sin estas obras, la fe está muerta y, en consecuencia, lo está también la vida espiritual.

Santa Teresa, que entendía mucho de esto, dice lo siguiente: “Acá sólo estas dos cosas nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo: es en lo que hemos de trabajar” (5 M 3,7). Aunque la cita es larga, merece transcribirla completa: “La más cierta señal que – a mi parecer – hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor al prójimo, porque si amamos a Dios, no se puede saber- aunque hay indicios grandes para entender que le amamos – más el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que cuanto más en esto os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios;

porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras; en esto, yo no puedo dudar” (5 M 3,8). Ambos amores son tan interdependientes y están tan íntercompentados que San Juan de la cruz llega a decir esto: “Cuanto más crece el amor al prójimo, más crece el amor de Dios y cuanto más crece el amor a Dios, más crece el amor al prójimo” (3 S 23,1).

2.- *El mandamiento nuevo*

El mandamiento nuevo es claramente de lo más importante de cuanto Jesús dijo a sus discípulos:

“Os doy un mandamiento nuevo: Amaos unos a otros como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros” (Jn13,34). “Mi mandamiento es este: amaos unos a los otros como yo os he amado” (15,12).

Se trata de un mandamiento –el mandamiento por excelencia de Jesús-, no de un mero consejo evangélico, y, en consecuencia, es de obligado cumplimiento. Advertamos que en él no se hace referencia al amor de Dios, sino únicamente al amor al prójimo. ¿Y cómo debe ser, en qué consiste este amor? En que nos debemos amar porque él nos ha amado y como él nos ha amado. Se trata de un amor cristiano, pues Jesucristo es la primera y la última referencia del amor. El nos ha amado hasta dar la vida por nosotros. El que esté dispuesto a llegar a esta última consecuencia está lleno de Dios. Así lo expresa San Juan: “En esto hemos conocido el amor, en que él

ha dado su vida por nosotros y nosotros debemos de dar también la nuestra por nuestros hermanos” (1 Jn 3,16). Ese es el acto supremo que podríamos hacer cualquier persona. Pero esta acción seguramente no se nos dará nunca y si se nos diera, ¿tendríamos la generosidad de dar la vida por el hermano? Lo que sí podemos y debemos hacer cada día es estar en actitud constante de servicio a los demás, tal y como se deduce del lavatorio de los pies a los discípulos (Jn 13,1-16) cuando Jesucristo se hace el esclavo de todos y nos manda hacer lo mismo. En eso justamente consiste el mandamiento nuevo, en hacernos esclavos de los demás. “Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín, porque el amor todo lo hace bien, a la par que es la fuerza más poderosa por la que se mueve el mundo. Así lo vio el Concilio; “La ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo es el mandamiento nuevo del amor” (Vat II GS 38) Esto significa que, si los cristianos practicáramos, de verdad, este mandamiento, la transformación del mundo sería la realidad que tristemente no es.

3.- *La garantía del amor fraterno*

¿Cómo sabemos que amamos de verdad a Dios? Si amamos a los hermanos, pues “el que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve” (1 Jn 4,20) y “si alguno dice que ama a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso” (ib). Si amamos al hermano, que vemos, ya estamos amando a Dios al que no vemos, aunque de este amor no hagamos referencia alguna a Dios. Y por el contrario: “El que a su prójimo no ama, a Dios aborrece” (San Juan de la cruz A 176) ¿Dónde está Dios? “Donde hay caridad y amor, allí está Dios”, Sea donde sea y haga la caridad quien la haga,

pues “todo el que ama ha nacido de Dios” (1 Jn 4, 7-8) “sea de la nación que sea” (He 10,35): Dios está en él y él en Dios.

¿Y cómo sabemos que amamos de verdad a los hermanos? Si los servimos, si practicamos con ellos la acción caritativa: “Si alguno tiene bienes de este mundo, ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede estar en él el amor de Dios? Amémonos, no de palabra y de boquilla, sino con obras y de verdad” (1 Jn 3,17-18). El amor en abstracto no es amor, es una quimera. Y cuando se dice que se ama a todos en general, en realidad no se ama a nadie. El amor, la acción caritativa ejercida sobre una persona concreta es la prueba y la garantía de que en esa persona, amamos a todos, de que estamos de verdad dispuestos a hacer lo mismo con todos.

Hay mucha gente que pasa hambre a la que podemos y debemos dar un pedazo de pan; hay muchos corazones afligidos, cuya aflicción podemos aliviar participando con todo el corazón de su sufrimiento; hay muchas personas en soledad a los que debemos darles compañía; hay muchos a los que nadie escucha, a los que debemos escuchar con paciencia y con cariño: hay muchos desplazados que caminan por el mundo hacia la nada, a los que debemos acoger; y así sucesivamente. Los pecados de omisión son, con frecuencia, más graves que los de comisión. El rico Epulón fue condenado, no porque anduviera diariamente en banquetes, sino porque no era capaz de dar un pedazo de pan al pobre Lázaro (Lc 16,19-31). En el juicio final la condenación es por lo que no hemos hecho: “Tuve hambre y no me disteis de comer...”. “Lo que no hicisteis con ellos, no lo hicisteis conmigo”. (Mt 25,42-46). La perfección no está en rezar (aunque hay que rezar, pues la oración es la vida del alma), en proferir oraciones ruidosas rutinarias, “No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!

entrará en el reino de Dios” (Mt 7,21). La perfección no está en decir, sino en hacer. En lo que hizo el buen samaritano con el hombre herido gravemente tras ser robado por unos ladrones: le atendió, le curó, le llevó a la posada y pagó al posadero para que lo cuidara, con la palabra de que a su regreso pagaría lo que gastara de más. Lo que no hicieron el sacerdote y el levita que iban a Jericó tras haber estado en Jerusalén al servicio del templo, tal vez porque estaban tan acostumbrados al ruido de las oraciones litúrgicas, que no escuchaban al que se deshacía en lamentos a la vera del camino. (Mt 10,30-37) El ejemplo del buen samaritano pertenece a la esencia de la Iglesia. Jesucristo recordará a los fariseos las palabras que el profeta Oseas pone en boca de Dios: “Quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocausto” (Os 6,6: Mt 9,13). Los sacrificios ofrecidos a Dios en el templo no pueden ser aceptados por Dios si los oferentes no practican el amor misericordioso.

4.- La perfección está en el amor

“En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros” (Jn 13,15).

¿Se podrá decir hoy de nosotros lo que se decía de los primeros cristianos?: “Mirad cómo se aman”. La primera comunidad cristiana de Jerusalén lo tenía todo en común. Cada cual daba según sus posibilidades y cada cual recibía según sus necesidades. Daban con sus obras y con sus vidas el testimonio cristiano por excelencia. Y por eso cada día aumentaba el número de creyentes. (He 2,44-47). Creo que hoy los cristianos no damos ese testimonio. Y por eso, en lugar de crecer, disminuye el número de creyentes; creo que la

causa fundamental de esta disminución radica en la propia Iglesia, es decir, en los miembros que la integramos. Nos falta el amor y nos sobran los odios, los enfrentamientos, las peleas, las posturas insolidarias. No somos constructores de paz. Aquí, cada cual va a lo suyo. Nos olvidamos, en la práctica, de los otros, de sus necesidades y de nuestras ayudas. A veces hasta da la sensación de que “estamos todos contra todos”. Pero esto es hablando en general, pues hay también mucha buena gente de una religiosidad profunda y una gran generosidad con el prójimo, lo que es un ejemplo vivo para todos.

A un cristiano auténtico se le puede y se le debe definir como una “persona que ama”, pues “para un cristiano, en el límite, existir es amar”. San Agustín decía: “el amor es mi peso, la fuerza que constantemente me empuja hacia el amor, todo lo hago por amor, a donde voy, soy llevado por el amor”.

La perfección cristiana consiste en el amor: “La plenitud de la ley es el amor” (Rom 13,10). Nunca podrás pecar de amor, el pecado está en no amar, pues el que no ama permanece en la muerte. Hay quien cree que, por no amar a nadie, está amando a Dios. Y la cosa es al revés: si estás lleno de amor a las personas, estás lleno de amor a Dios, - aunque tú no lo pienses – eres grato a Dios, pues “sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14). Está claro que se refiere a la vida espiritual, la vida eterna, ya poseída en esta vida temporal. Si nos amamos unos a otros, Dios vive en nosotros... El que ha hecho del amor el centro de su vida, vive en Dios y Dios vive en él (Jn 4,12.16). El que no ama a su hermano es como un asesino, y ningún asesino tiene dentro de sí vida eterna (1 Jn 3,15).

5.- *Confianza en el juicio*

Hemos venido a este mundo para amar y ser amados. El amor es dinámico, está en continuo crecimiento. Llega a su perfección más alta en nosotros cuando tenemos plena confianza en el día del juicio final. Un juicio que será sobre el amor. San Juan de la Cruz dice: “Para este fin de amor fuimos criados” (C 29,3) y “a la tarde te examinarán en el amor” (A 5,9). En el tribunal supremo y definitivo el juez es “EL AMOR”. Será, por tanto un juicio de amor, en el que todo se perdona, pues “el amor todo le excusa, todo lo tolera” (1 Cor 13,3), todo lo perdona.

El amor y el temor son incompatibles, pues “el temor está en relación con el castigo y el que teme no es perfecto en el amor” (1Jn 4,18).

Esta seguridad en nuestra salvación nos la da la fuerza del amor a Dios que actúa dentro de nosotros. Y si Dios está en nosotros por el amor, no puede obrar contra nosotros, pues eso sería obrar contra sí mismo. Y si partimos, como hay que partir, de que Dios es Padre, la gran revelación que nos hizo su hijo querido hecho hombre, ¿cómo podemos dudar de nuestra salvación eterna?. Porque, aun en lo humano, ¿Qué padres estarían dispuestos a imponer un castigo eterno a un hijo suyo?. ¡Cuánto menos Dios, el amor infinito, será capaz de condenar a sus hijos a cadena perpetua y a sufrimientos interminables!

Los castigos, las pruebas de Dios son siempre purificadores y medicinales para provocar en nosotros el arrepentimiento y concedernos el perdón. ¿Y cómo conciliar la parábola del hijo pródigo con un Dios juez inmisericorde dictando sentencias de condenas eternas? No podemos trasladar los actos de la justicia humana con la justicia divina.

Dios es la justicia perfecta y la perfección de la justicia es el amor misericordioso.

El perdón es un atributo esencial de Dios, nuestro Padre. Dios perdona siempre, pasa por alto los pecados de los hombres (Sal 11,20), se los hecha a las espaldas (Is 38,17), no desprecia jamás a un corazón contrito, tiene un amor de madre:

“¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no me olvidaría de ti” (Is 49,15).

Dios lo perdona todo porque es omnipotente:

“Tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para llevarlos al arrepentimiento... Tú perdonas a todos porque todo es tuyo” (Sab 11,23.26) “Tu fuerza es el principio de la justicia y el ser tú. Señor de todo, te hace ser indulgente con todo” (Sab 2,16).

Además, el arrepentimiento no es sólo cosa del pecador, sino de Dios. El pecador, por si solo, no puede volver a Dios. La vuelta a la casa del Padre, al redil de Dios es obra fundamentalmente de Dios. Todo es gracia. La oveja perdida por si sola no podía volver, la salvó el pastor que fue en su busca, la encontró y se la cargó sobre los hombros. Por eso, el pecador debe dirigir esta súplica a Dios: “Haz que vuelva y volveré, pues tú eres el Señor, mi Dios” (Jer 31,18). “Haznos volver a ti, Señor, y volveremos” (Lam 5,21). Por sí mismo, el

hombre no puede volver: “¿Puede un negro cambiar su piel o un leopardo sus manchas?” (Jer 13,21). Lo único que tiene que hacer el pecador es reconocer su pecado y estar abierto al perdón que Dios le ofrece, dejarse llevar por él a la casa común de nuestro Padre.

4.- Los escritos paulinos

Los escritos paulinos están sembrados de referencias al “amor”. El sustantivo “amor” lo emplea 92 veces y el verbo “amar” 35 veces. Hay cuatro pasajes que, en conjunto, hacen un gran retrato del amor: 1 Cor 1-13; Rom 12, 9-21; Gal 5, 22-23; Flp 2, 1-4.

Para Pablo en el amor está la cumbre de la perfección. El amor está por encima de todas las sabidurías y de todos los poderes, de la fe y de la esperanza, de las virtudes y de los carismas. Todo eso es efímero, perecedero. Lo único que permanece para siempre es el amor que va más allá de la muerte, que perdura por toda la eternidad como fuente inagotable de felicidad.

1.- Lo que no es el amor

En esos cuatro pasajes referidos, y en otros muchos se dice lo que no es el amor.

El amor no es envidioso, no siente malestar por los bienes y virtualidades de los demás, se alegra de los éxitos y de la prosperidad ajena. La envidia no es cristiana (Gal 5,20). No es jactancioso, orgulloso, soberbio, arrogante, altanero. No se envanece, pues sabe que la vanidad es la nada (1 Cor 4.6).

No es codicioso de la vanagloria, la gloria-vana (Gal 5,26). Sabe que todo lo que tiene lo ha recibido de Dios (1 Cor 4,7). No se considera superior a nadie, al revés, considera superiores a los demás. Se siente a gusto con los humildes, con los que no pintan nada, con los ningunos. No busca su interés, no es egoísta, no busca el dinero, (1 Tim 6,10) el Dios Mammona, incompatible con el Dios de Jesucristo (Lc 16,13).

No se irrita, no pierde la calma, no actúa nunca bajo el arrebatado de la ira, no guarda rencor (1 Tim 2,8). No tiene en cuenta el mal, todo lo perdona, todo lo olvida; pues el que no olvida, no acaba de perdonar del todo. No es vengativo, al mal recibido no responde con otro mal, al mal sólo se le vence con el bien (Rom 12,17-21). Prefiere ser víctima antes que victimador, antes que matar, se deja matar.

No se toma la justicia por su mano. Eso se queda para los tribunales humanos (Rom 13,4) y para el tribunal de Dios que juzga siempre con justicia y con amor misericordioso. No se alegra de la injusticia, de la opresión, de la lesión de los derechos humanos, de las desigualdades y discriminaciones, pues ante Dios – y así debe ser también ante los hombres - todos somos iguales, somos uno en Jesucristo (Gal 3,28).

2.- Lo que si es el amor

El amor es paciente, es sufrido, aguanta sin límites, lo soporta todo (1 Tes 5,14). Sobrelleva las tribulaciones de este mundo. Es servicial, disponible siempre, en actitud constante de entrega a los demás. Se considera un expropiado para utilidad pública, un esclavo de todos, sirve con cariño a los hermanos (Gal 5,13).

Es benigno, amable, sereno, dulce, ama y se hace amar, es un sembrador de amor y por eso recoge mucho

amor. Se comporta siempre con ternura, como la madre que cuida de sus hijos (1 Tes 2,7) con dulzura y con amabilidad, con un corazón sincero, limpio y luminoso.

Se alegra con el triunfo de la verdad, se manifiesta en contra de la injusticia y de la impiedad, de los que cierran el camino de la verdad que es Cristo (Rom 1,18). Es alegre y generoso, reparte sus bienes, pues sabe que Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9,7). Es altruista, bueno y bondadoso (1 Tim 6,18).

Todo lo excusa, no juzga, no condena a nadie, hasta justifica las ofensas recibidas, pues, como decía Santa Teresa, “nunca nos culpan sin culpas” (C 22,4). “Todos pecamos de muchas maneras” (Sant 3,2) cada cual a la nuestra. Jesucristo, insultado, no devolvió el insulto (1 Pe 2,23).

Todo lo cree, no es receloso, suspicaz, desconfiado, cree en la bondad de las personas, se fija en sus virtudes y nunca en sus defectos, es ingenuo.

Todo lo espera, espera el triunfo de la justicia interhumana y sobre todo de la justicia divina, la salvación eterna, cree en la utopía del evangelio, en la globalización del amor fraterno, en el reinado de Dios en la tierra.

Todo lo sufre y lo acepta todo, carga gustosamente con la cruz de cada día, porque con ella se parece más a Jesucristo. Soporta a los demás con humildad, con mansedumbre y con amor. Es tolerante con todos.

Es bienhechor (Rom 12,9), cuida de complacer al prójimo (Rom 15,2). Es hospitalario (Rom 12,13), acoge a los desamparados, abre la puerta de su casa a los que no tienen cobijo (1 Tim 5,10).

Es fiel a Jesucristo y a los demás, a imitación de Dios que guarda su fidelidad por todas las generaciones y todas las

edades (Sal 119,90). Cumple su palabra, sus promesas y sus compromisos. Nunca falla.

Procura guardar la unión con los hermanos, en el pensar y en el sentir, pues entre los creyentes no puede haber divisiones, ni rivalidades, ya que eso es desvirtuar la cruz de Cristo (1 Cor 1,12-17).

5.- Pablo, modelo de amor

Pablo tiene la osadía y la humildad de presentarse como ejemplo de amor (1 Cor 4.16). Lo era, en efecto. En primer lugar, como amor a Jesucristo, pues todo lo que consideraba ganancia, lo considera, por amor a él, como pérdida (Flp 3,7). En el “diario” de su vida, con el “debe” y el “haber”, lo que antes anotaba en la columna de ganancias, ahora lo pasa a la de pérdidas. Es más, todo es pérdida, todo es basura en comparación con la dicha de conocer y amar a Jesucristo (Flp 3,8). Se gloria de pasar por un necio, por un loco, por amor a Jesucristo (1 Cor 4,10). Se consideraba lleno de amor: “La gracia de Nuestro Señor Jesucristo me colmo de fe y de amor” (1 Tim 1,14).

Ama sobremanera a todas sus comunidades. Tanto quiere a los tesalonicenses que, al propio tiempo que les entrega el evangelio, quiere entregarles hasta su propia vida (1 Tes 2,8). Dice a los filipenses: “Dios es testigo de cuanto os amo en las entrañas de Cristo Jesús” (Flp 1,8). Y a los corintios: “¡qué grande es el amor que os tengo!” (2 Cor 11,10).

Sus cartas están plagadas de expresiones cariñosas: “Os llevo en el corazón” (Ef 1,7); “hermanos muy queridos” (Flp 4,1); Timoteo “Hijo queridísimo” (1 Tim 4,7). Epafras,

“nuestro querido compañero” (Col 1,7); “mi amado Epéneto” (Rom 16,5); “mi muy querida Pérsida” (Rom 16,12); Amplieto, “mi amigo querido” (Rom 16,8).

Sufre dolores de parto por sus amigos de Galácia (Gal 4,19). Todo lo soporta por amor a los elegidos (2 Tim 2,10). Se hace esclavo de todos con el fin de ganarlos a todos por amor a Jesucristo (1 Cor 9,19-22). Fue un sembrador de amor y recibió mucho amor, aunque, a veces, no fue lo suficientemente correspondido: “Gastaré lo que tengo y me desgastaré” yo mismo por vosotros, aunque amándoos yo tanto a vosotros, vosotros me améis menos a mí (2 Cor 12,15). Tanto ama a sus hermanos de raza los judíos que, por amor a ellos, por su conversión, estaría dispuesto a estar separado de Jesucristo (Rom 9,3), No es posible encontrar un amor tan grande.

Quiere que sus fieles crezcan sin cesar en el amor (Flp 1,19); que los dirigentes de las comunidades sean un ejemplo de justicia y de religiosidad, de fe y de amor, de paciencia y de amabilidad (1 Tim 6,11).

Hay una cosa a la que no hay que amar; el dinero. Porque “el amor al dinero es la raíz de todos los males” (1 Tim 6,10).

Los apóstoles le dijeron a Pablo que siguiera dedicándose a evangelizar a los paganos, pero que se acordase de los pobres de Jerusalén, cosa que llevó a cabo con el máximo interés (Gal 2,9-11). De tal del modo que organizó una colecta entre sus comunidades. Exhorta a los Corintios a que sean generosos para que su abundancia socorra a los hermanos pobres de Jerusalén y “así reinará la igualdad” (2 Cor 8,14). Que cada uno dé lo que le dicte la conciencia, pero no de mala gana o por compromiso, pues Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9,7-9). La colecta fue muy abundante, la

llevó con gran ilusión a Jerusalén, donde comienzan las prisiones de Pablo por amor a Jesucristo y a los hermanos (He 21,27-28,31).

Si hay una palabra, que define la vida y la obra de pablo, esa es “amor”. El amor se hizo llama en su vida, fuerza y motriz de su apostolado, el corazón de su doctrina. Por todo esto, a Pablo pertenece, por derecho propio, el título de “el apóstol del amor”, como a San Juan el título de “el apóstol de la fe”.

